

y añadía:

A Parténope, que áun gime
Entre floridas cadenas,
Y áun la adulan sus sirenas
Con cantos de esclavitud.

Tú entre ellas nuncio sublime
Serás, y español Tirteo,
Que las alce al alto empleo
De cantar patria y virtud.

Y más allá había una hermosa imágen y no menos bello simil, pues al pintarse que se veía en Nápoles

Lanzar tronando el Vesubio
De ardientes lavas diluvio
Hácia la etérea region,

ocurría el pensamiento de que

Tal dirás: la patria mía
Vió de Riego el heroísmo,
Precipitando al abismo
Las moles de su opresion (1).

Y hasta el final, aunque más tenía de obsequioso á la beldad y de galante que de patriótico, todavía pecaba por conceder divinidad á lo que ARRIAZA reputaba infernal ciertamente, y á lo que despues con más sinceridad llamó *arpiá*; porque, hablando de la linda hija del señor Onis, doña Clementina, aseguraba que

No puede ser más divina
La imágen de libertad.

Singular fortuna fué la de esta composicion, que en el autor fué un desgarró. El gobierno de Nápoles tuvo de ella noticia y se llenó de susto y congoja, y publicó que el Ministro de España le venía á revolver el Estado, y dió por prueba de su aserto y justificacion de su temor la de los versos aquí citados; calificando al ex-cortesano y entónces todavía anti-constitucional poeta, de jacobino; y de resultas de todo ello no consintió al señor de Onís pasar á su destino, poniendo dificultades á admitirle y obligándole á detenerse en Roma. De allí á poco, para mayor sigularidad, rompió una revolucion en Nápoles, sin ser ni promovida por el gobierno español ni deseada siquiera, pues le causaba embarazos graves, sin serle de ayuda, y el señor de Onís pasó allá triunfante puntualmente del modo y á lo que los versos dichos en el convite decían. Digno de verse era el apuro de ARRIAZA al contemplarse tenido por lo que no era, y juzgada obra de su intencion la que lo había sido de su flexible ingenio, y como él no adulaba á la revolucion, entónces triunfante, procuraba con empeño justificarse de la nota de *liberalismo*, hablando al uso de aquellos dias. De la composicion, como poeta, debía estar ufano, porque es de lo bueno entre sus poesías, lo cual asimismo le acredita de más diestro que concienzudo en concebir y expresar sus afectos.

Despues de esta digresion, que ha sido una entrada en el campo de la politica, en que ahora, sin poderlo remediar, se mete quien piensa, habla, escribe ú obra, poco hay que añadir, vueltos á la region literaria, á lo que de ARRIAZA se ha dicho.

Entre los poetas españoles de su tiempo le toca de justicia un asiento distinguido, no de los más altos ni de los bajos tampoco, sino algo aparte de donde están y deben estar sus contemporáneos. Entre los versificadores y rinadores descuella; aunque hoy ya esta parte mecánica de la poesia, descuidada cuando él escribía, es cultivada con acierto y lucimiento sumos. El ingenio, ó aquella parte de él á que los franceses llaman *esprit* y los ingleses *wit*, tambien es prenda poética, y lo fué sobresaliente en ARRIAZA. La imaginacion que remonta mucho el vuelo no era la suya, pero tampoco de imaginacion estaba falto. Ternura no hay que buscarla en él, ni áun cuando llora, y es de creer con sinceridad, á su hermano muerto en la guerra, y ménos en sus amores, puros galanteos. Es, pues, lo que llaman los franceses *poète de société*, pero muy perfeccionado, muy supe-

(1) El señor Alcalá Galiano citaba estos versos de memoria. Difieren algun tanto de los que el mismo ARRIAZA publicó en sus *Poesías*. (Nota del Colector.)

rior á los de su clase, la cual no es de gran valia. Por eso (valiéndonos del lenguaje clásico) tiene lugar en el Parnaso, al modo que á quien sobresale por demas en ocupaciones inferiores, suelen con razon concederse los honores de un cuerpo al cual no pertenece del todo, y del que, sin embargo, por la naturaleza de sus merecimientos, es acreedor á ser mirado como parte.

POESÍAS.

PRÓLOGO DEL AUTOR (1).

Si no hubiera tenido yo que consultar más que mi gratitud hácia el público por la graciosa acogida que hizo á la primera edicion de estos versos, ya hace cuatro años que estaria hecha la segunda, correspondiendo al deseo con que desde entónces se han solicitado inútilmente ejemplares, y tal vez pagado á excesivo precio los que se hallaban de segunda mano. Pero no ha estado en la mia el allanar más pronto los inconvenientes que se han opuesto á esta reimpression, especialmente contando entre ellos la ausencia de dos años y medio que he tenido que hacer de mi patria, y el tiempo que ha sido forzoso emplear en concertar con censores ilustrados las correcciones que debia sufrir la obra, para que ningun pasaje de ella quedase expuesto á interpretaciones que la extraviasen de lo decente y decoroso. Todo esto se ha hecho para restituir á la prensa estos ocios de mis primeros años, estimulado, no del ánsia de reputacion literaria, pues no dejo de conocer cuán acibarada y peligrosa es la que se goza en vida, sino por aquella obligacion que contrae con el público todo escritor desde el punto en que la obra sale de sus manos, perteneciendo ya ménos á él que al comun de los lectores, cuya esperanza se ve engañada injustamente siempre que no halla en la librería obras que, en virtud de los anuncios, excitáron su curiosidad.

Á pesar de tan felices auspicios, no ha disminuido en mí la desconfianza con que estos versos salieron á luz la vez primera, por no haberme jamas resuelto á darles aquella severa lima que debiera aproximarlos á la perfeccion prescrita por las buenas reglas; considerando que cuanto más nos aleja la edad de los dias en que ocurrieron los sencillos versos, ménos fácil es volverse á hallar en la disposicion de ánimo que los produjo. Los descuidados y alegres dias de la juventud traen consigo los afectos tiernos, las risueñas ideas, los versos dulces y el estilo que les conviene; el tiempo marchita muy en breve estas felices disposiciones; cuando el hombre, ya más severo y reflexivo, aspira á una perfeccion que es árida, por lo regular, y problemática, y en la que, por captarse la opinion de algun Aristarco sesudo, renuncia la de los que son jueces naturales en estas materias amenas, esto es, la juventud de ambos sexos, en cuya imaginacion risueña y corazon sensible hallan mejor acogida las dos únicas prendas de que yo me alegré haber podido dotar mis versos; es decir, la naturalidad y la armonia.

Siempre he creído, y un instinto natural me lo ha

dictado desde mis más tiernos años, que no puede haber verdadera expresion de ideas en donde no reine la mayor claridad de diction; que lo que el lector no concibe á la primera y simple lectura, no puede hacer en su imaginacion el pronto efecto que se requiere, y mucho ménos mover su corazon de modo alguno; que esta claridad debe ir siempre acompañada de una constante elegancia en el decir; pero que esta elegancia no consiste en una sucesion de inversiones gramaticales, de tantos adjetivos retumbantes, ni de tanta metáfora de metáfora, á lo que algunos dan el nombre de lenguaje poético, atribuyendo á misterios del arte su falta de claridad, sino es en el modo más selecto y noble de decir las cosas, á proporcion del estilo en que se escribe.

Pues si es cierto que una de las propiedades más generalmente observadas en la poesia es la de producir su efecto en toda especie de gentes, por lo cual se dijo que en sus principios domesticaba las fieras, ¿cómo podria producir tales milagros sino por la combinacion simultánea de una singular elegancia y claridad en el decir, con una armonia particular en la formacion de las cláusulas métricas? En virtud de cuya reunion, oyendo el hombre que las cosas más vulgares se le dicen de un modo más halagüeño y grato que el que esperaba de la conversacion vulgar, y sintiendo en el artificioso enlace de las voces cierta desusada armonia, no puede ménos de prestar atencion al poeta, mientras que alguna confusion extraña de figuras amontonadas, ó alguna dislocacion de voces, ó trastorno de la gramática, no empieza á convertirle en penosa tarea lo que le servia de sabroso pasatiempo. Por eso se verifica en cualquiera medianamente versado en el latin, serle más fácil el comprender y sentir una elegía de Tibulo ó de Ovidio que la mejor de nuestro Herrera y otros poetas que han escrito poesías amatorias; porque en aquéllas el lenguaje es tan sencillo y natural como los sentimientos que expresan, al paso que en los nuestros son igualmente confusos el lenguaje y los sentimientos. La mayor dificultad que á mi ver ofrece la poesia es el conciliar la suma sencillez con la elegancia; de suerte que ni el lenguaje cese de despertar la atencion á fuerza de trivial y desaliñado, ni la fatiga con la afectacion de tropos y figuras amontonadas sin discernimiento. El camino que guia por enmedio de ambos escollos es el único por donde se puede llevar al lector hasta el fin de una composicion, agradablemente entretenido.

Ademas, que si nuestra lengua permite algun género de inversiones moderadas, se resiste al abuso de ellas que se va introduciendo en el dia, como que altera la verdadera exactitud y precision de las frases, llevando á saltos el entendimiento de enigma en enigma, y ántes haciéndole inferir ó interpretar que comprender fácilmente lo que lee. Que siendo la armonia el medio

(1) Este prólogo, publicado en la edicion de 1807, y suprimido en las siguientes, fué reimpresso en la elegante edicion de 1829, última que hizo ARRIAZA de sus poesías. (Nota del Colector.)

principal de que la poesía se vale para cautivar nuestra atención y embelesar el oído, debe el poeta dirigir todo su conato á variarla infinitamente; y esto lo conocieron tanto los antiguos, que son innumerables los metros con que la enriquecieron, como nos lo prueban todas sus odas, tanto latinas como griegas. Tal era la importancia que daban á este artificio armónico, que jamás se verificó dejasen de concluir una composición en el mismo género de estrofas con que le empezaron; convencidos de que el encanto del oído depende de este mecanismo, siendo la facilidad de vencer estas dificultades el primer distintivo del poeta, sin el cual se confundiría en esta parte con el orador, que no guarda medida fija en sus períodos. La dificultad superada es lo que más lisonjea y más se capta la admiración de las gentes; sin lo cual vendría á ser tan estimada una figura de cera como la mejor estatua de mármol, un sello en lacre como un camafeo, y el mérito de un Rafael como el de un estampador, que de una sola vuelta de tórculo reproduce sus pinturas.

Perdida que fué luégo la prosodia entre la confusión de los lenguajes del Norte y Mediodía, la reemplazó la rima en toda la Europa; con la cual, combinada de mil maneras, se hicieron los mismos prodigios de armonía que con los dácilos y espondeos. La facilidad de rimar fué desde entónces compañera de la fecundidad de ingenio. Tan poco les costaba á los Tassos, Ariostos, Corneilles ó Rousseaux el producir los unos sus inmortales estrofas, y sus combinaciones de rimas masculinas y femeninas los otros, como á Ovidio y á Propercio el alternar sus exámetros y pentámetros, ó á Horacio el dar siempre un lugar fijo á sus sáficos y adónicos. Todos vencieron dificultades no vulgares, ni asequibles para quien no debe á la naturaleza una cabeza armónica, un oído fino y una posesión del lenguaje, que son dotes indispensables de un buen poeta.

Pero de muy pocos años á esta parte se hace alarde entre nosotros de llamar pueril y bárbaro este mecanismo, sin otra razón que la misma dificultad que ofrece á los que quisieran se les abriese el Parnaso por sólo los méritos de eruditos ó filósofos. Para éstos la elocuencia y los distintos géneros de prosa facilitarían vastísimo campo en que lucir sus talentos; mas se figuran que allanando las barreras que dividen los términos de la oratoria y la poesía, podrán pasearse francamente por entrambas jurisdicciones, á despecho de la naturaleza, que les condena á encontrar dificultades invencibles en lo que hizo tan llano y practicable para tantos claros ingenios, predestinados como favoritos de Apolo. Así es que practican y preconizan el *verso suelto*; verso que (en paz sea dicho) lo es más para los ojos que para el oído; pues apenas es dado sino á gentes muy versadas en la lectura de los poetas, no digo el deleitarse con él, sino aún el distinguirlo de la prosa, por su corta extensión, comparada con la de los exámetros antiguos, y la necesidad de confundirse cada verso con la mitad ó tercera parte del que sigue, para leerle con sentido; lo que destruye la cadencia de las once sílabas, y de los débiles acentos en que consiste nuestra prosodia, como ménos poderosa para sostener un verso que la fijeza de la latina. Cuando admiten el consonante es para colocarle á bulto donde buenamente les ocurra, y en una silva de rimas aventureras. De esta suerte, en lugar de variarse y enriquecer la armonía, la empobrecen, dejándola tan confusa y vaga, que el oído del lector no sabe cuándo esperarla, ni acierta á reconocerla. Y ¡qué dirémos si á la sequedad del verso suelto aún

se pretendiese agregar cierto estilo declamatorio, un tono sentencioso, un empeño de derramar la moral cruda, con exclusión de los mitológicos adornos y de las invenciones alegóricas? ¿Cómo reconocerémos á la amable poesía, tristemente sentada en la cátedra de Demóstenes, y tan léjos de los floridos bosques en que el grande Homero y el ingenioso Ovidio meditaban y creaban aquel universo poético, transmitido hasta nuestros tiempos en brazos de todas las artes hijas de la imaginación? La práctica de estos principios, que tanto se recomiendan en varios tratados elementales publicados en estos últimos años, me ha parecido ser semilla de una nueva secta, que sucederá á las dos ya desterradas y conocidas con los nombres de *culteranismo* y *conceptismo*, la cual vendrémos á llamar *filosofismo*; tanto más hermana de ellas, cuanto se compone de los mismos elementos, que son hinchazón y oscuridad. Á cuya sombra todas las composiciones escritas por el mismo estilo, y sin artificio ni variedad en la versificación, parecerán todas retazos del mismo paño; y tan monótona y sorda su armonía, que habrémos de inferir tristemente que á la lira de Apolo se le han roto todas las cuerdas, no le queda más que el bordon, y todos tocan por él.

Sin embargo de lo cual, desearia yo se pudiese entender claramente que este monótono resultado únicamente, ó el uso exclusivo de aquel estilo amanerado, es lo que considero reprehensible, y no el que un poeta á quien su genio ó carácter natural inclina á dedicarse sólo á asuntos morales y filosóficos, lo practique con la maestría que yo mismo admiro en alguno de nuestro tiempo; pero que estas formas y modismos peculiares se hagan luégo objeto de una ciega imitación ó copia por parte de los rutineros, y se prescriba el desprecio de las que fueron inventadas, usadas y establecidas por nuestros antiguos poetas, con tanta variedad y gala de la poesía castellana, es con lo que me parece no podrán nunca conformarse ni la razón ni el buen gusto. La raza de críticos, que abunda cuando la de poetas escasea, es la que prescribe estas leyes. Horacio, Pindaro, Anacreon, Virgilio, Ovidio, Lucrecio, se diferencian y distinguen respectivamente por estilo, tono y formas particulares. Y nuestros preceptistas modernos no querrán reconocer por poetas sino á los que escriban en el lenguaje de Herrera! Y bajo el relumbrante atavío de tal lenguaje (que si pudo brillar en sus odas, no hizo más que oscurecer sus elegías), adónde irá á parar aquella amable facilidad, tan difícil de conseguir; aquella naturalidad y fluidez, primer atractivo de la poesía, y que se tiene por cualidad inseparable de cuanto se llama sublime!

DIJO DIOS: QUE HAYA LUZ; Y LA HUBO LUÉGO.

Por evitar estos escollos, sin duda habrán caído mis versos en otros más lastimeros. Los días en que nacieron están ya sobrado distantes de los presentes, para que yo no los mire sino como un lector imparcial, á quien no se le ocultan muchas sombras que oscurecen el efecto de algunas malogradas disposiciones de ingenio. Yo reconozco todas las que me quieren echar en cara los críticos, y algunas más que se les escaparán á ellos, y de que yo no he tenido valor ni gusto para purificarlos. No hará, pues, mucho mi amor propio en resignarse contra los tiros de la crítica; más, debiendo precaver los de la malignidad, que se aprovecha de los conceptos, pensamientos ó caprichos de una fantasía acalorada, para deducir consecuencias injustas sobre el modo de pensar y sobre la moral de los autores, no

puedo ménos de recordarle que estas composiciones fueron hechas en tiempos muy distintos de las circunstancias en que ya se leen; hijas todas del fervor accidental de la imaginación, movida, ya de amor, ya de amistad, ya de gratitud, ya de tristeza ó despecho; y por consiguiente, que sus conceptos expresen sólo una situación momentánea del espíritu, y de ningún modo los principios fundamentales que rigen al que los produjo. Una colección de poesías no puede ménos de ofrecer al juicio infinitas contradicciones; el poeta celebra mil veces con entusiasmo lo que en otros casos deprime; tras de una composición en que se declama contra la guerra y sus agentes, sigue otra en que se excita el valor é inflama los corazones al desprecio de la vida; se maldice del amor en unos casos, y en otros se le solemniza en bellas frases; el poeta, entregándose á un estro indeliberado, es siempre responsable de sus versos, pero no de sus asuntos; bien al contrario de los historiadores y moralistas, que, llevando por principal objeto la verdad y la razón, nunca les es lícito disfrazarlas ni contradecirse á sí mismos.

Últimamente, esta nueva edición contiene poesías de los diferentes estilos en que, según el humor que me inspiraban los sucesos particulares ó públicos de mi tiempo, desenvolví mis ideas; comprendiéndose en estos últimos las gloriosas circunstancias de la asombrosa guerra de la *Independencia*, para cuya celebridad únicamente desearia yo que pudiesen llegar mis versos á la posteridad más remota.

El lector conoce la mayor parte de estas composiciones; y por las que van añadidas sólo me toca prevenirle que si acaso reconociere en ellas una sucesión de pinturas viva ó agradablemente contrastadas, pensamientos morales y tiernos, y versos armoniosos, no tiene por qué echar mano al compas para medir sus proporciones, sino es honrarlas con las mismas señales de aprecio con que ha sabido disimular lo que sólo pudo ser indulgencia hácia mis primeros ensayos. Y en tal supuesto,

De enemigos pedantes no pretendo
Para mis versos ni perdon ni excusa;
Pero segunda vez los recomiendo
A los amigos de mi pobre musa.

IDILIOS.

I.

LA IMPRESION PRIMERA, Ó EL PESCADOR.

Orillas del mar tendido
Un pescador á sus solas,
Como la roca á las olas,
Así burlaba á Cupido:
No pretendas, dios traidor,
Que te doble la rodilla;
Mi tesoro es mi barquilla,
Mis redes sólo mi amor.

Quando algun incauto pez
Entra en mis redes, le digo:
Tal quisiera hacer conmigo
El amor alguna vez;
Pero no espere el traidor
Un vasallo en esta orilla;
Que mi bien es mi barquilla,
Mis redes sólo mi amor.

Yo vi de Nerina ingrata
Al amante, ¡pobrecillo!
Que no vi ningun barquillo
A quien más la mar combata;
¿Y me ofrecerás, traidor,
Una ley que tanto humilla?
No; mi bien es mi barquilla,
Mis redes sólo mi amor.

La bella Silvia, que en tanto
Por la ribera venía,
Oyó cómo repetía
El marinero en su canto:
«Nunca mandarás, traidor,
En mi voluntad sencilla:
Que mi bien es mi barquilla,
Mis redes sólo mi amor.»

Entónces Silvia le mira,
Y el corazón le penetra;
Él va á repetir su letra,
Y en vez de cantar suspira.
Adios, pobre pescador;
Adios, red; adios, barquilla;
Que ya no hay en esta orilla
Sino vasallos de amor.

II.

LA DECLARACION.

Dulce posesora
Del corazón mio,
A quien nunca fio
Mi tierna pasión,
Las ansias, que un frio
Silencio devora,
Oye, posesora
De mi corazón.

Hoy á declararte
Mis penas me arrojo;
Preveo tu enojo,
Mas vano será;
Que irás á vengarte,
Y el mísero labio
Que te hizo el agravio,
Ya frio estará.

Muriendo, en mis ojos,
De lágrimas llenos,
Los tuyos serenos
Verán la ocasión.
Dirante muriendo
Que el alma te adora,
¡Crúel posesora
De mi corazón!

Si me amas, al cielo
Tu gloria es subida,
Pues dasme la vida,
Milagro de un dios,
Al mundo modelo
De dichas seremos,
Envidia darémos,
Si me amas, los dos.

Si no, pues me mata
Sentencia tan dura,
Será en tu hermosura
Mi sangre un borron;
¿Y quieres, ingrata,
Más ser destructora
Que dulce señora
De un fiel corazón?

¿Qué logra una rosa
Cerrando el capullo,
Quando con orgullo
Se abren otras mil?